

Cuentos de un rayo de sol

¡Ahora empezaré yo! —declaró el viento.

—¡No, por favor, permítame! —dijo la lluvia—. ¡Ahora me toca a mí! ¡Basta de que hayan estado ustedes en la esquina aullando con todas sus fuerzas! ¿Así que este es su agradecimiento porque, en su honor, retorció y rompía los paraguas de aquellos señores que no querían tener nada que ver con ustedes?

—¡La palabra me corresponde a mí! —dijo el rayo de sol—. ¡Atención!

Y esto fue dicho con tal brillo y grandeza, que el viento inmediatamente se estiró en toda su longitud. Pero la lluvia aún no quería calmarse; tironeaba del viento y decía:

—¿Acaso vamos a tolerar esto? ¡Siempre se adelanta ese señor! ¡No lo escuchemos! ¡Qué necesidad hay de hacerlo!

Y el rayo de sol comenzó:

—Un cisne voló sobre un mar tempestuoso; sus plumas brillaban como si fueran de oro; una pluma cayó y fue a parar a un gran barco mercante que navegaba a todo trapo por el mar. La pluma se enredó en los rizos del cabello de un joven, el supervisor de las mercancías. La pluma del ave de la felicidad rozó su frente, se transformó en su mano en una pluma de escribir, y pronto se convirtió en un rico comerciante, para quien no supuso esfuerzo alguno comprar espuelas de oro o cambiar un barril de oro por un escudo nobiliario. ¡Yo mismo brillaba sobre ese escudo! —añadió el rayo de sol.

—El cisne también voló sobre un prado verde; a la sombra de un viejo árbol solitario yacía un pastorcillo, un muchachito de siete años, que observaba a sus ovejas. El cisne besó al vuelo una de las hojas del árbol; la hoja cayó en la mano del pastorcillo, y de una sola hoja surgieron tres, diez, ¡un libro entero! El niño leyó en él acerca de las maravillas de la naturaleza, de su lengua materna, de la fe y del conocimiento, y al acostarse, guardaba el libro bajo su cabeza para no olvidar lo leído. Y así, aquel libro lo llevó primero al banco de la escuela y luego a la cátedra de la ciencia. ¡Yo leí su nombre entre los nombres de los sabios! —agregó el rayo de sol.

—El cisne voló hacia la espesura del bosque y descendió para descansar sobre un tranquilo y oscuro lago forestal cubierto de nenúfares; en la orilla crecían juncos y

manzanos silvestres, y en sus ramas cuculeaba el cuco y arrullaban las palomas del bosque.

Una pobre mujer recogía allí leña; llevaba auestas un haz completo, y contra su pecho descansaba un niño pequeño. Vio al cisne dorado, al cisne de la felicidad, que emergía entre los juncos. Pero ¿qué era aquello que brillaba allí? ¡Un huevo de oro! La mujer lo guardó bajo su vestido, y el huevo se calentó; en su interior comenzó a moverse un ser vivo. Ya picoteaba con su pico la cáscara, mientras la mujer pensaba que era su propio corazón el que latía.

Al llegar a casa, a su pobre cabaña, sacó el huevo de oro. «¡Tic-tac!» se oía desde dentro, como si el huevo fuera un reloj de oro, pero era un huevo verdadero, y en él palpitaba la vida. De repente, la cáscara se quebró, y del huevo asomó la cabecita un pequeño cisne cubierto de plumón dorado. En su cuello había cuatro anillos de oro, y como la mujer tenía otros tres hijos además del que estaba con ella en el bosque, comprendió al instante que aquellos anillos estaban destinados a sus hijos. Apenas hubo quitado los anillos, el polluelo dorado echó a volar.

La mujer besó repetidamente los anillos, hizo que cada niño besara el suyo, los aplicó sobre el corazón de cada uno y luego los colocó en los deditos de los niños.

—¡Yo vi todo eso! —añadió el rayo de sol—. Vi también lo que de ello resultó.

Uno de los niños hurgaba en la arcilla, tomó un puñado de barro, comenzó a amasarlo entre sus dedos, y surgió una estatua de Jasón, quien conquistó el vellocino de oro.

Otro muchacho corrió inmediatamente hacia el prado cubierto de flores maravillosas y multicolores, recogió allí un puñado entero de flores, las apretó fuertemente en su manita, y los jugos florales salpicaron directamente sobre sus ojos, mojando su anillo de oro... Algo comenzó a agitarse en el cerebro del niño, y también en sus manos, y varios años después, en una gran ciudad, se habló de un nuevo y gran pintor.

El tercer muchacho apretó su anillo tan fuerte con los dientes, que este emitió un sonido, un eco de lo que se ocultaba en el corazón del niño, y desde entonces sus sentimientos y pensamientos comenzaron a fluir en sonidos, elevándose hacia el cielo como cisnes cantores, sumergiéndose en los abismos del pensamiento, como los cisnes se sumergen en los lagos profundos. El niño se convirtió en compositor; cada país puede considerarlo como propio.

El cuarto niño era enclenque, y según decían, tenía la lengua trabada; había que darle aceite con pimienta, como a los pollitos enfermos, y buenas nalgadas; pues bien, ¡así lo hicieron!

—¡Pero yo le di mi beso solar! —dijo el rayo de sol—. ¡Y no uno, sino diez! El niño era de naturaleza poética, y ya lo colmaban de besos, ya lo agasajaban con coscorriones, pero aun así poseía el anillo de la felicidad que le había dado el cisne dorado, y sus pensamientos volaban hacia el cielo como mariposas de oro, y la mariposa es símbolo de la inmortalidad.

—¡Historia larga! —dijo el viento.

—¡Y aburrida! —añadió la lluvia—. ¡Sopla sobre mí, que no logro recuperarme!

Y el viento comenzó a soplar, mientras el rayo de sol continuaba:

—El cisne de la felicidad también voló sobre una profunda bahía, donde los pescadores lanzaban sus redes. El más pobre de los pescadores iba a casarse y se casó.

El cisne le trajo un trozo de ámbar. El ámbar atrae, y ese trozo atrajo corazones hacia la casa del pescador. El ámbar es el incienso más maravilloso y fragante, y de la casa del pescador comenzó a emanar una fragancia como la de un templo; era la fragancia misma de la naturaleza divina. La pobre pareja disfrutó de la felicidad familiar, estuvo contenta con su modesto hogar, y toda su vida transcurrió como un único día soleado.

—¿No es hora ya de interrumpirlo? —dijo el viento—. ¡Ya ha hablado bastante! ¡Me he aburrido!

—¡Y yo también! —dijo la lluvia. ¿Y qué diremos nosotros después de escuchar estas historias?

Diremos:

—Bueno, aquí tienen el final de ellas.

Ahora les contaré la historia de la felicidad. Todos conocen la felicidad, pero a algunos les sonríe año tras año, a otros solo en ciertos años, y hay personas a quienes solo les concede una sonrisa una vez en la vida; pero no existe nadie a quien nunca le haya sonreído ni siquiera una vez.